

Tomo 2

J. HUARTE DE SAN JUAN

examen de ingenios para las ciencias

EDICION PREPARADA POR

ESTEBAN TORRE

1982



EDITORIA NACIONAL

AV. Generalísimo 29. MADRID - 16

Portada: Balboa

© Copyright 1976, Editora Nacional, Madrid (España)

ISBN: 84-276-0369-X

Depósito legal: M. 5113-1977

Printed in Spain

Impreso en J. Uentla. González Arias, 14. Madrid-26

BIBLIOTECA DE LA LITERATURA
Y EL PENSAMIENTO HISPANICOS

PROEMIO

A la Majestad del Rey don Filipe, nuestro señor

Para que las obras de los artífices tuviesen la perfección que convenía al uso de la república, me pareció, Católica Real Majestad, que se había de establecer una ley: que el carpintero no hiciese obra tocante al oficio del labrador, ni el tejedor del arquitecto, ni el jurisperito curase, ni el médico abogase; sino que cada uno ejercitase sola aquel arte para la cual tenía talento natural, y dejase las demás. Porque, considerando cuán corto y limitado es el ingenio del hombre para una cosa y no más, tuve siempre entendido que ninguno podía saber dos artes con perfección sin que en la una faltase¹. Y, porque no errase en elegir la que a su natural estaba mejor, había de haber diputados en la república, hombres de gran prudencia y saber, que en la tierna edad descubriesen a cada uno su ingenio, haciéndole estudiar por fuerza la ciencia que le convenía, y no dejarlo a su elección. De lo cual resultaría en vuestros estados y señoríos haber los mayores artífices del mundo y las obras de mayor

¹ *Nemo aerarius simul et lignarius faber sit. Duas enim artes, aut studia duo, diligenter exercere humana natura non potest.* («Nadie sea a la vez metalista y carpintero. Dos oficios, dos preocupaciones, no pueden ser bien atendidos por un ser humano.») Platón, *De legibus*.

perfección, no más de por juntar el arte con naturaleza.

Esto mismo quisiera yo que hicieran las Academias de vuestros reinos; que pues no consenten que el estudiante pase a otra facultad no estando en la lengua latina perito, que tuvieran también examinadores para saber si el que quiere estudiar dialéctica, filosofía, medicina, teología o leyes tiene el ingenio que cada una de estas ciencias ha menester. Porque si no, fuera del daño que este tal hará después en la república usando su arte mal sabida, es lástima ver a un hombre trabajar y quebrarse la cabeza en cosa que es imposible salir con ella? Por no hacer hoy día esta diligencia, han destruido la cristiana religión los que no tenían ingenio para teología, y echan a perder la salud de los hombres los que son inhábiles para medicina, y la jurispericia no tiene la perfección que pudiera por no saber a qué potencia racional pertenece el uso y buena interpretación de las leyes.

Todos los filósofos antiguos hallaron por experiencia que donde no hay naturaleza que disponga al hombre a saber, por demás es trabajar en las reglas del arte. Pero ninguno ha dicho con distinción ni claridad qué naturaleza es la que hace al hombre hábil para una ciencia y para otra incapaz, ni cuántas diferencias de ingenio se hallan en la especie humana, ni qué artes y ciencias responden a cada uno en particular, ni con qué señales se había de conocer, que era lo que más importaba. Estas cuatro cosas, aunque parecen imposibles, contienen la materia sobre que se ha de tratar, fuera de otras muchas que se tocan al propósito de esta doctrina, con intento que los padres curiosos tengan arte y manera para descubrir el ingenio a sus hijos, y sepan aplicar a cada uno la ciencia

¹ El estudiante que aprende la ciencia que no viene con su ingenio, se hace esclavo de ella. Y, así, dice Platón: *Non decet libertum hominem cum servitute disciplinam aliquam discere. Quippe ingentes corporis labores, vi suscepti, nihil deterius corpus afficiunt, nulla vero animae violentia disciplina stabilis est.* [No está bien que un hombre libre se esclavice aprendiendo una ciencia. Los trabajos forzados son lo peor para el cuerpo, y poco dura una ciencia que tiraniza al alma.] Diálogo *De iustis*.

en que más ha de aprovechar. Que es un aviso que Galeno cuenta haberle dado un demonio a su padre, al cual le aconsejó, estando durmiendo, que hiciese estudiar a su hijo medicina, porque para esta ciencia tenía ingenio único y singular³.

De lo cual, entenderá vuestra Majestad cuánto importa a la república que haya en ella esta elección y examen de ingenios para las ciencias; pues de estudiar Galeno medicina resultó tanta salud a los enfermos de su tiempo, y para los venideros dejó tantos remedios escritos. Y si como Baldo (aquel ilustre varón en derecho) estudió medicina y la usó, pasara adelante con ella, fuera un médico vulgar—como ya realmente lo era, por faltarle la diferencia de ingenio que esta ciencia ha menester—y las leyes perdieran una de las mayores habilidades de hombre que para su declaración se podía hallar⁴.

Queriendo, pues, reducir a arte esta nueva manera de filosofar, y probarla en algunos ingenios, luego me ocurrió el de vuestra Majestad por ser más notorio, de quien todo el mundo se admira viendo un Príncipe de tanto saber y prudencia. Del cual aquí no se puede tratar sin hacer fealdad en la obra. El penúltimo capítulo es su conveniente lugar, donde vuestra Majestad verá la manera de su ingenio y el arte y letras con que había de aprovechar a la república si, como es Rey y señor nuestro por naturaleza, fuera un hombre particular. Vale.

³ *Patriis evitent in somnio moniti, ad medicinae studium excolendum venimus.* [Aconsejado por un sueño que tuvo mi padre, me dediqué al estudio de la medicina.] Lib. IX, *Metil.*, cap. IV. Antes que Cristo viniese al mundo, trataban los demonios con los hombres con mucha familiaridad: y para una verdad que les decían de poca importancia, les encasaban mil mentiras.

⁴ Baldo debió dejar la medicina, y estudiar leyes; por lo que dijo Cicerón: *Quil igitur ad naturae suae non villosae genus constitutum vivendi omne contulerit, is constantiam tenet: id maxime decet, nisi forte se errasse intelligeret in diligendo genere vitae.* [El que lleve un plan de vida conforme a su sana naturaleza, prosiga así, que es lo que más le conviene, a no ser que crea haberse equivocado en la elección.] Cicerón, lib. I, *De officiis*.

SEGUNDO PROEMIO

Al lector

Quando Platón quería enseñar alguna doctrina grave, sutil y apartada de la vulgar opinión, escogía de sus discípulos los que a él le parecían de más delicado ingenio, y a sólo éstos decía su parecer, sabiendo por experiencia que enseñar cosas delicadas a hombres de bajo entendimiento era gastar el tiempo en vano y echar a perder la doctrina¹.

Lo segundo que hacía, después de la elección, era prevenirlos con algunos presupuestos claros y verdaderos, y que no estuviesen lejos de la conclusión. Porque los dichos y sentencias que de improviso se publican contra lo que el vulgo tiene persuadido, no sirven de más, al principio no haciéndose tal prevención, que alborotar el auditorio y enojarle, de manera que viene a perder la pía afección y aborrecer la doctrina.

Esta manera de proceder quisiera yo poder guardar contigo, curioso lector, si hubiera forma para poderte primero tratar y descubrir a mis solas el talento de tu

¹ *Timeo*. La misma elección hacía Cristo nuestro redentor entre sus discípulos cuando quería enseñarles alguna doctrina muy alta; como pareció en la Transfiguración, que eligió a San Pedro, a San Juan y a Santiago. La razón por qué a éstos y no a los otros, él lo sabe.

ingenio; porque, si fuera tal cual convenía a esta doctrina, apartándote de los ingenios comunes, en secreto te dijera sentencias tan nuevas y particulares cual jamás pensaste que podían caer en la imaginación de los hombres.

Pero como no se puede hacer, habiendo de salir en público para todos esta obra, no es posible dejar de alborotarte. Porque si tu ingenio es de los comunes y vulgares, bien sé que estás persuadido que el número de las ciencias y su perfección ha muchos días que por los antiguos está ya cumplido; movido con una vana razón: que, pues ellos no hallaron más que decir, argumento es que no hay otra novedad en las cosas. Y si por ventura tienes tal opinión, no pases de aquí, ni leas más adelante; porque te dará pena ver probado cuán miserable diferencia de ingenio te cupo. Pero si eres discreto, bien compuesto y sufrido, decirte he tres conclusiones muy verdaderas, aunque por su novedad son dignas de grande admiración.

① La primera es que, de muchas diferencias de ingenio que hay en la especie humana, sola una te puede, con eminencia, caber; si no es que Naturaleza, como muy poderosa, al tiempo que te formó echó todo el resto de sus fuerzas en juntar solas dos, o tres; o, por no poder más, te dejó estulto y privado de todas².

② La segunda, que a cada diferencia de ingenio le responde, en eminencia, sola una ciencia y no más; de tal condición, que si no aciertas a elegir la que responde a tu habilidad natural, ternás de las otras gran remisión aunque trabajes días y noches.

③ La tercera, que después de haber entendido cuál es la ciencia que a tu ingenio más le responde, te queda otra dificultad mayor por averiguar; y es si tu habilidad es más acomodada a la práctica que a la teórica, porque estas dos partes, en cualquier género de letras que sea, son tan opuestas entre sí y piden tan diferen-

² En España no puede Naturaleza juntar más que dos diferencias de ingenios, y tres en Grecia.

les ingenios, que la una a la otra se remiten como si fueran verdaderos contrarios.

Duras sentencias son, yo lo confieso. Pero otra cosa tienen de más dificultad y aspereza: que de ellas no hay a quien apelar ni poder decir de agravios. Porque siendo Dios el autor de naturaleza, y viendo que ésta no da a cada hombre más que una diferencia de ingenio, como atrás dije, por la oposición o dificultad que de juntarlas hay, se acomoda con ellas; y, de las ciencias que gratuitamente reparte entre los hombres, por maravilla da más que una en grado eminente. *Divisiones vero gratiarum sunt, idem autem Spiritus; et divisiones ministratorum sunt, idem autem Dominus; et divisiones operationum sunt, idem vero Deus qui ministratio Spiritus ad utilitatem: alii quidem datur per Spiritum sermo sapientiae, alii autem sermo scientiae secundum eundem Spiritum; aliter fides in eodem Spiritu, alii gratia sanctorum in uno Spiritu; alii operatio virtutum, alii prophetia, alii discretio spirituum, alii genera linguarum, alii interpretatio sermonum. Haec autem omnia operatur unus atque idem Spiritus dividens singulis prout vult.*¹

Este repartimiento de ciencias, yo no dudo sino que le hace Dios teniendo cuenta con el ingenio y natural disposición de cada uno. Porque los talentos que repartió por San Mateo, dice el mismo Evangelista que los dio unicuique secundum propriam virtutem.² Y pensar que estas ciencias sobrenaturales no piden cier-

¹ Paulus, 1.^a ad Corinthios, cap. XII [v. 4-11: «Hay diversidad de dones; pero uno es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios; pero uno es el Señor. Hay diversidad de acciones; pero uno es Dios, que lo hace todo en todos. Y a cada cual se le otorga el ministerio del Espíritu Santo convenientemente: A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro, la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, la fe, en el mismo Espíritu; a otro, el don de curar, en el único Espíritu; a otro, el hacer milagros; a otro, el profetizar; a otro, el conocer las lenguas; a otro, el hablar lenguas; a otro, el entender las lenguas. Uno y el mismo Espíritu hace todas estas cosas, repartiéndolas como quiere»].

² Matthei, cap. XXV [v. 15: «A cada cual según su capacidad»].

tas disposiciones en el sujeto antes que se infundan, es error muy grande.⁵

Porque cuando Dios formó a Adán y a Eva, es cierto que primero que los llenase de sabiduría, les organizó el cerebro de tal manera que la pudiesen recibir con suavidad, y fuese cómodo instrumento para con ella poder discurrir y raciocinar. Y así lo dice la divina Escritura: *... et cor dedit illis excogitandi, et disciplina intellectus replevit illos*.⁶

Y que, según la diferencia de ingenio que cada uno tiene, se infunda una ciencia y no otra, o más o menos de cada cual de ellas, es cosa que se deja entender en el mismo ejemplo de nuestros primeros padres; porque, llenándolos Dios a ambos de sabiduría, es conclusión averiguada que le cupo menos a Eva, por la cual razón dicen los teólogos que se atrevió el demonio a engañarla y no osó tentar al varón temiendo su mucha sabiduría.⁷ La razón de esto es, como adelante probaremos, que la compostura natural que la mujer tiene en el cerebro no es capaz de mucho ingenio ni de mucha sabiduría.

En las sustancias angélicas hallaremos también la misma cuenta y razón. Porque, para dar Dios a un ángel más grados de gloria y más subidos dones, le da primero más delicada naturaleza; y preguntado a los teólogos de qué sirva esta naturaleza tan delicada, dicen que el ángel que tiene más subido entendimiento y mejor natural, se convierte con más facilidad a Dios y usa del don con más eficacia; y que lo mismo acontece en los hombres.⁸

De aquí se infiere claramente que, pues hay elección de ingenios para las ciencias sobrenaturales, y

⁵ La razón de esto es que las ciencias sobrenaturales se han de sujetar en el ánima, y el ánima está sujeta al temperamento y compostura del cuerpo. Aristóteles, libro II, *De anima*.

⁶ *Eclesiástico*, XVII [v. 5-6: «Y les dio un corazón inteligente, y los llenó de ciencia»].

⁷ *Serpens tentavit mulierem, in qua minus quam in viro rationem vigere novit*. [«La serpiente tentó a la mujer, sabiendo que la razón era en ella más débil que en el hombre».] Libro II, *Sententiarum* [de Pedro Lombardo], dist. 21.

⁸ *Divus Thomás*, pars 1.^a, quaest. 62, art. 6.

que no cualquiera diferencia de habilidad es cómodo instrumento para ellas, que las letras humanas con más razón la pedirán, pues las han de aprender los hombres con las fuerzas de su ingenio.

Saber, pues, distinguir y conocer estas diferencias naturales del ingenio humano, y aplicar con arte a cada una la ciencia en que más ha de aprovechar, es el intento de esta mi obra. Si saliere con él como lo tengo propuesto, daremos a Dios la gloria de ello, pues de su mano viene lo bueno y acertado. Y si no, bien sabes, discreto lector, que es imposible inventar un arte y poderla perfeccionar; porque son tan largas y espaciosas las ciencias humanas, que no basta la vida de un hombre a hallarlas y darles la perfección que han de tener. Harto hace el primer inventor en apuntar algunos principios notables, para que los que después sucedieren, con esta simiente, tengan ocasión de ensanchar el arte y ponerla en la cuenta y razón que es necesaria.

Aludiendo a esto Aristóteles, dice que los errores de los que primero comenzaron a filosofar se han de tener en gran veneración; porque, como sea tan dificultoso el inventar cosas nuevas, y tan fácil añadir a lo que ya está dicho y tratado, las faltas del primero no merecen, por esta razón, por ser muy reprehendidas, ni al que añade se le debe dar mucha alabanza.

Yo bien confieso que esta mi obra no se puede escapar de algunos errores, por ser la materia tan delicada y donde no había camino abierto para poderla tratar. Pero si fueren en materia donde el entendimiento tiene lugar de opinar, en tal caso te ruego, ingenioso lector, antes que des tu decreto, leas primero toda la obra y averigües cuál es la manera de tu ingenio; y si en ella hallares alguna cosa que a tu parecer no esté bien dicha, mira con cuidado las razones que contra ella más fuerza te hacen; y si no las puedes soltar, torna a leer el undécimo capítulo, que en él hallarás la respuesta que pueden tener. Vale.

donde se prueba por un ejemplo que si el muchacho no tiene el ingenio y habilidad que pide la ciencia que quiere estudiar, por demás es oírle de buenos maestros, tener muchos libros, ni trabajar en ellos toda la vida

CAPITULO I

Bien pensaba Cicerón¹ que para que su hijo Marco saliese, en aquel género de letras que había escogido, tal cual él deseaba, que bastaba enviarle a un Estudio tan famoso y celebrado por el mundo como el de Atenas, y que tuviese por maestro a Cratipo, el mayor filósofo de aquellos tiempos, y tenerle en una ciudad tan populosa, donde, por el gran concurso de gentes que allí acudían, necesariamente habría muchos ejemplos y casos extraños que le enseñasen por experiencia cosas tocantes a las letras que aprendía.

Pero con todas estas diligencias y otras muchas más que como buen padre haría —comprándole libros y escribiéndole otros de su propia invención— cuentan los historiadores que salió un gran necio, con poca elocuencia y menos filosofía. Cosa muy usada entre los hombres, pagar el hijo la mucha sabiduría del padre.

Realmente debió de imaginar Cicerón que, aunque su hijo no hubiera sacado de las manos de la naturaleza el ingenio y habilidad que la elocuencia y filosofía pedían, que con la buena industria de tal maestro, y los muchos libros y ejemplos de Atenas, y el continuo

¹ Libro I, *Le officiis*.

trabajar del mozo y esperar en el tiempo, se enmendarían las faltas de su entendimiento. Pero, en fin, vemos que se engañó; de lo cual no me maravillo, porque tuvo muchos ejemplos a este propósito, que le animaron a pensar que lo mismo podría acontecer en su hijo. Y, así, cuenta el mismo Cicerón² que Jenócrates era de ingenio muy rudo para el estudio de la filosofía natural y moral (de quien dijo Platón que tenía un discípulo que había menester espuelas); y con la buena industria de tal maestro y con el continuo trabajo de Jenócrates, salió muy gran filósofo.

Lo mismo escribe de Cleante, que era tan estulto y mal razonado que ningún maestro lo quería recibir en su escuela; de lo cual corrido y afrentado el mozo, trabajó tanto en las letras que le vinieron a llamar después el segundo Hércules en sabiduría. No menos disparato pareció el ingenio de Demóstenes para la elocuencia, pues de muchacho ya grandecillo dicen que no sabía hablar; y trabajando con cuidado en el arte y oyendo de buenos maestros, salió el mayor orador del mundo. En especial cuenta Cicerón que no podía pronunciar la erre, porque era algo balbuciente; y con maña la vino después tan bien a articular como si jamás hubiera tenido tal vicio. De donde tuvo origen el refrán que dice ser el ingenio del hombre para las ciencias como quien juega a los dados, que si en la pinta es desdichado, mostrándose con arte a hincarlos en el tablero, viene a emendar su mala fortuna.

Pero ningún ejemplo de estos que trae Cicerón deja de tener muy conveniente respuesta en mi doctrina. Porque, como adelante probaremos, hay rudeza en los muchachos que arguye mayor ingenio en otra edad que tener de niños habilidad; antes es indicio de venir a ser hombres necios comenzar luego a raciocinar y ser avisados. Porque si Cicerón alcanzara las verdaderas señales con que se descubren los ingenios en la primera edad, tuviera por buen indicio ser Demóstenes rudo

y tardo en el hablar, y tener Jenócrates necesidad de espuelas cuando estudiaba. Yo no quito al buen maestro, al arte y trabajo, su virtud y fuerzas de cultivar los ingenios, así rudos como hábiles. Pero lo que quiero decir es que si el muchacho no tiene de suyo el entendimiento preñado de los preceptos y reglas determinadas de aquel arte que quiere aprender y no de otra ninguna, que son vanas diligencias las que hizo Cicerón con su hijo y las que hiciere cualquiera otro padre con el suyo.

Esta doctrina entenderán fácilmente ser verdadera los que hubieren leído en Platón³ que Sócrates era hijo de una partera (como él mismo lo cuenta de sí); y como su madre —aunque era gran maestra de partería— no podía hacer parir a la mujer que antes que viniese a sus manos no estaba preñada, así él, usando el mismo oficio de su madre, no podía hacer parir ciencia a sus discípulos no teniendo ellos de suyo el entendimiento preñado⁴. Tenía entendido que las ciencias eran como naturales a sol. Los hombres que tenían ingenios acomodados para ellas, y que en éstos acontecía lo que vemos por experiencia en los que se han olvidado de lo que antes sabían, que con sólo apuntarles una palabra, por ella sacan todo lo demás⁵.

No tienen otro oficio los maestros con sus discípulos —a lo que yo tengo entendido— más que apuntarles la doctrina; porque si tienen fecundo ingenio, con sólo esto les hacen parir admirables conceptos, y si no, atormentan a sí y a los que los enseñan y jamás salen con lo que pretenden. Yo a lo menos, si fuera maestro, antes que recibiera en mi escuela ningún discípulo, había de hacer con él muchas pruebas y experiencias para descubrirle el ingenio; y si le hallara de buen natural para la ciencia que yo profesaba, recíbrale de buena gana, porque es gran contento para

³ Diálogo De scientia.

⁴ De sólo el entendimiento de Sócrates se puede verificar esta comparación; porque enseñaba preguntando, y hacía que el propio discípulo atinase a la doctrina sin que él se la diese.

⁵ La sabiduría humana no es reminiscencia. Y, así, condenamos adelante a Platón porque no dijo.

el que enseña instruir a un hombre de buena habilidad; y si no, aconsejále que estudiase la ciencia que a su ingenio más le convenía. Pero entendido que para ningún género de letras tenía disposición ni capacidad, dijérame con amor y blandas palabras: «Hermano mío, vos no tenéis remedio de ser hombre por el camino que habéis escogido: por vida vuestra que no perdáis el tiempo ni el trabajo y que busquéis otra manera de vivir que no requiera tanta habilidad como las letras».

Viene la experiencia con esto tan clara, que vemos entrar en un curso de cualquier ciencia gran número de discípulos —siendo el maestro o muy bueno o muy ruin—, y en fin de la jornada unos salen de grande erudición, otros de mediana, otros no han hecho más, en todo el curso, de perder el tiempo, gastar su hacienda y quebrarse la cabeza sin provecho ninguno. Yo no sé de dónde pueda nacer este efecto oyendo todos de un mismo maestro, y con igual diligencia y cuidado, y por ventura los rudos trabajando más que los hábiles. Y crece más la dificultad viendo que los que son rudos en una ciencia tienen en otra mucha habilidad, y los muy ingeniosos en un género de letras, pasados a otras no las pueden comprender.

Yo a lo menos soy buen testigo en esta verdad. Porque entramos tres compañeros a estudiar juntos latín, y el uno lo aprendió con gran facilidad, y los demás jamás pudieron componer una oración elegante. Pero, pasados todos tres a dialéctica, el uno de los que no pudieron aprender gramática salió en las artes una águila caudal, y los otros dos no hablaron palabra en todo el curso. Y, venidos todos tres a oír astrología, fue cosa digna de considerar que el que no pudo aprender latín ni dialéctica, en pocos días supo más que el propio maestro que nos enseñaba, y a los demás jamás nos pudo entrar. De donde espantado, comencé luego sobre ello a discurrir y filosofar, y hallé por mi cuenta que cada ciencia pedía su ingenio determinado y particular, y que sacado de allí no valía nada para las demás letras. Y si esto es verdad, como lo es, y de ello adelante haremos demostración, ¡oh quién en-

trara hoy día en las escuelas de nuestros tiempos haciendo cala y cata de los ingenios! ¡A cuántos trocará las ciencias, y a cuántos echará al campo por estóridos e imposibilitados para saber! ¡Y cuántos restituyera de los que por tener corta fortuna están en viles artes arrinconados, cuyos ingenios crio naturaleza sólo para letras! Mas pues no se puede hacer ni remediar, no hay sino pasar con ello.

Esto que tengo dicho, a lo menos, no se puede negar, sino que hay ingenios determinados para una ciencia, los cuales para otra son disparatos. Y, por tanto, conviene, antes que el muchacho se ponga a estudiar, descubrirle la manera de su ingenio y ver cuál de las ciencias viene bien con su habilidad, y hacerle que la aprenda. Pero también se ha de considerar que no basta lo dicho para que salga muy consumado letrado, sino que ha de guardar otras condiciones no menos necesarias que tener habilidad. Y así dice Hipócrates⁶ que el ingenio del hombre tiene la misma proporción con la ciencia que la tierra con la semilla; la cual, aunque sea de suyo fecunda y paniega, pero es menester cultivarla y mirar para qué género de simiente tiene más disposición natural. Porque no cualquiera tierra puede panificar con cualquiera simiente sin distinción: unas llevan mejor trigo que cebada, y otras mejor cebada que trigo, y del trigo tierras hay que multiplican mucho candial y el trujillo no lo pueden sufrir. Y no sólo con hacer esta distinción se contenta el buen labrador; pero, después de haber arado la tierra con buena sazón, aguarda tiempo conveniente para sembrar, porque no en cualquier parte del año se puede hacer; y después de nacido el pan, lo limpia y escarda para que pueda crecer y dar adelante el fruto que de la simiente se espera. Así, conviene que después de sabida la ciencia que al hombre está mejor, que la comience a estudiar en la primera edad, porque ésta —dice Aristóteles⁷— es la más aparejada de

⁶ Libro *Lex Hippoc.*

⁷ 30.^a sectione, *Problem.*, 4.

todas para aprender. Aliende que la vida del hombre es muy corta, y las artes largas y espaciosas; por donde es menester que haya tiempo bastante para saberlas, y tiempo para poderlas ejercitar ⁸ y con ellas aprovechar la república.

La memoria de los muchachos, dice Aristóteles ⁹ que está vacía, sin pintura ninguna; porque ha poco que nacieron, y así cualquier cosa reciben con facilidad; no como la memoria de los hombres mayores, que, llena de tantas cosas como han visto en el largo discurso de su vida, no les cabe más. Y por esto dijo Platón ¹⁰ que delante de los niños contemos siempre fábulas y narraciones honestas que inciten a obras de virtud, porque lo que en esta edad aprenden jamás se les olvida. No como dijo Galeno ¹¹: «que entonces se han de aprender las artes cuando nuestra naturaleza tiene todas las fuerzas que puede alcanzar». Pero no tiene razón si no se distingue: el que ha de aprender latín o cualquiera otra lengua, halo de hacer en la niñez, porque si aguarda a que el cuerpo se endurezca y tome la perfección que ha de tener, jamás saltará con ella.

En la segunda edad, que es la adolescencia, se ha de trabajar en el arte de raciocinar; porque ya se comienza a descubrir el entendimiento, el cual tiene con la dialéctica la misma proporción que las trabas que echamos en los pies y manos de una mula cerril, que andando algunos días con ellas toma después cierta gracia en el andar; así nuestro entendimiento, trabado con las reglas y preceptos de la dialéctica, toma después en las ciencias y disputas un modo de discurrir y raciocinar muy gracioso ¹².

⁹ Hippoc., 1.^o Aphor.

¹⁰ 30.^a sectione, Problem., 4.

¹¹ Diálogo De iusto.

¹² In Oratore suavioria ad bonas artes.

¹³ En la segunda edad, que llaman adolescencia, hace el hombre junta de todas las diferencias de ingenio, en la manera que se pueden juntar, por ser la edad más templada de todas. Y, así, no conviene dejarla pasar sin aprender las letras con que el hombre ha de vivir. Cicero, De officiis, 1.

Venida la juventud, se pueden aprender todas las demás ciencias que pertenecen al entendimiento, porque ya está bien descubierto. Verdad es que Aristóteles saca la filosofía natural, diciendo que el mozo no está dispuesto para este género de letras; en lo cual parece que tiene razón, por ser ciencia de más alta consideración y prudencia que otra ninguna.

Sabida ya la edad en que se han de aprender las ciencias, conviene luego buscar un lugar aparejado para ellas, donde no se trate otra cosa sino letras, como son las Universidades. Pero ha de salir el muchacho de casa de su padre; porque el regalo de la madre, de los hermanos, parientes y amigos que no son de su profesión, es grande estorbo para aprender. Esto se ve claramente en los estudiantes naturales de las villas y lugares donde hay Universidades; ninguno de los cuales, si no es por gran maravilla, jamás sale letrado. Y púedese remediar fácilmente trocando las Universidades: los naturales de la ciudad de Salamanca estudiar en la villa de Alcalá de Henares, y los de Alcalá en Salamanca.

Esto de salir el hombre de su natural para ser valeroso y sabio es de tanta importancia que ningún maestro hay en el mundo que tanto le pueda enseñar, especialmente viéndose muchas veces desamparado del favor y regalo de su patria. «Sal de tu tierra —dijo Dios a Abraham— y de entre tus parientes y de casa de tu padre, y ven al lugar que yo te enseñaré, en el cual engrandeceré tu nombre y te daré mi bendición» ¹³. Esto mismo dice Dios a todos los hombres que desean tener valor y sabiduría; porque aunque los puede bendecir en su natural, pero quiere que los hombres se dispongan con aquel medio que El ordenó, y que no les venga la prudencia de gracia.

Todo esto se entiende supuesto que el hombre tenga buen ingenio y habilidad, porque si no, quien bestia va a Roma bestia torna: poco aprovecha que el rudo vaya a estudiar a Salamanca, donde no hay cá-

¹³ Génesis, XII, 1-2.

tedra de entendimiento ni de prudencia, ni hombre que la enseñe ¹⁴.

La tercera diligencia es buscar maestro que tenga claridad y método en el enseñar, y que su doctrina sea bueno y segura, no sofisticada ni de vanas consideraciones. Porque todo lo que hace el discípulo, en tanto que aprende, es creer todo lo que le propone el maestro, por no tener discreción ni entero juicio para discernir ni apartar lo falso de lo verdadero. Aunque esto es caso fortuito, y no puesto en elección de los que aprenden, venir en tiempo a estudiar que las Universidades tienen buenos maestros o ruines. Como les aconteció a ciertos médicos de quien cuenta Galeno que, teniéndoles ya convencidos, con muchas experiencias y razones, que la práctica que usaban era errada y en perjuicio de la salud de los hombres, se les saltaron las lágrimas de los ojos, y en presencia del mismo Galeno comenzaron a maldecir su hado y la mala dicha que tuvieron en topar con ruines maestros al tiempo que aprendieron ¹⁵.

Verdad es que hay ingenios de discípulos tan felices, que entienden luego las condiciones del maestro y la doctrina que trae; y si es mala se la saben confutar, y aprobar lo que dice bien. Estos tales mucho más enseñan al maestro, en cabo del año, que el maestro a ellos; porque dudando y preguntando agudamente, le hacen saber y responder cosas tan delicadas que jamás las supo ni supiera si el discípulo, con la felicidad de su ingenio, no se las apuntara. Pero los que esto pueden hacer son uno, o dos cuando muchos; y los rudos son infinitos. Y, así, es bien —ya que no se ha de hacer esta elección y examen de ingenios para las ciencias— que las Universidades se provean siempre de buenos maestros, que tengan sana doctrina y claro ingenio, para que a los ignorantes no enseñen errores ni falsas proposiciones.

¹⁴ Tu nihil invita dices faciesve Minerva. [«No dirás ni harás nada, si Minerva no quiere.»]

¹⁵ 8.º Meth., cap. IV.

La cuarta diligencia que se ha de hacer, es estudiar la ciencia con orden, comenzando por sus principios, subir por los medios hasta el fin, sin oír materia que presuponga otra primero. Por donde siempre tuve por error oír muchas liciones de varias materias, y pasallas todas juntas en casa: hácese por esta vía una maraña de cosas en el entendimiento, que después, en la práctica, no sabe el hombre aprovecharse de los preceptos de su arte, ni asentarlos en su conveniente lugar. Muy mejor es trabajar cada materia por sí y con el orden natural que tiene en su composición; porque de la manera que se aprende, de aquella misma forma se asienta en la memoria.

Hacer esto conviene más en particular a los que de su propia naturaleza tienen el ingenio confuso; y púedese remediar fácilmente oyendo sola una materia y, acabada aquélla, entrar en la que se sigue hasta cumplir con toda el arte. Entendiendo Galeno cuánto importaba estudiar con orden y concierto las materias, escribió un libro ¹⁶ para enseñar la manera que se había de tener en leer sus obras, con fin que el médico no se hiciese confuso. Otros añaden que el estudiante, en tanto que aprende, no tenga más que un libro, que contenga llanamente la doctrina, y en éste estudie y no en muchos, porque no se desbarate ni confunda; y tienen muy gran razón.

Lo último que hace al hombre muy gran letrado es gastar mucho tiempo en las letras y esperar que la ciencia se cueza y eche profundas raíces. Porque de la manera que el cuerpo no se mantiene de lo mucho que en un día comemos y bebemos, sino de lo que el estómago cuece y altera, así nuestro entendimiento no engorda con lo mucho que en poco tiempo leemos, sino de lo que poco a poco va entendiendo y rumiando. Cada día se va disponiendo mejor nuestro ingenio; y viene, andando el tiempo, a caer en cosas que atrás no pudo alcanzar ni saber.

¹⁶ Lib. De ordine librorum suorum.

El entendimiento tiene su principio, aumento, estado y declinación, como el hombre y los demás animales y plantas. El comienza en el adolescencia, tiene su aumento en la juventud, el estado en la edad de consistencia, y comienza a declinar en la vejez. Por tanto, el que quisiere saber cuándo su entendimiento tiene todas las fuerzas que puede alcanzar, sepa que es desde treinta y tres años hasta cincuenta, pocos más o menos. En el cual tiempo se han de crear los graves autores si en el discurso de su vida tuvieron contrarias sentencias. Y el que quiere escribir libros, halo de hacer en esta edad, y no antes ni después, si no se quiere retractar ni mudar la sentencia.

Pero las edades de los hombres no en todos tienen la misma cuenta y razón⁽¹⁷⁾. Porque a unos se les acaba la puericia a doce años, a otros a catorce, a otros a dieciséis, y a otros a dieciocho. Estos tienen las edades muy largas, porque llega su juventud a poco menos de cuarenta años, la consistencia a sesenta, y tienen de vejez otros veinte años, con los cuales se hacen ochenta de vida, que es el término de los muy potentados. Los primeros, a quienes se les acaba la puericia a doce años, son de muy corta vida; comienzan luego a raciocinar, y nacerles la barba; y dúrales muy poco el ingenio, y a treinta y cinco años comienzan a caducar, y a cuarenta y ocho se les acaba la vida.

De todas las condiciones que he dicho, ninguna deja de ser muy necesaria, útil y provechosa para que el muchacho venga a saber. Pero tener buena y correspondiente naturaleza a la ciencia que quiere estudiar, es lo que más hace al caso; porque, con ella, vemos que muchos hombres comenzaron a estudiar pasada la juventud, y oyeron de ruines maestros, con mal orden, y en sus tierras, y en poco tiempo salieron

⁽¹⁷⁾ *Nec tamen est has aetates annorum numero circumscribere, quemadmodum nonnulli fecerunt; nisi forte in latitudine quadam.* [«No se trata de precisar estas edades con un número fijo de años, como han pretendido algunos; sino dentro de un cierto margen.»] Galeni, lib. VI, *De sanitate tuenda*.

muy grandes letrados; y si falta el ingenio, dice Hipócrates que todo lo demás son diligencias perdidas¹⁸.

Pero quien mejor lo encareció fue el buen Marco Cicerón, el cual, con dolor de ver a su hijo tan necio, y que ninguna cosa aprovecharon los medios que para hacerle sabio buscó, dijo de esta manera: *nam quid est aliud gigantum more bellare cum diis, nisi naturae repugnare?* Como si dijera: «¿qué cosa hay más parecida a la batalla que los gigantes traían con los dioses que ponerse el hombre a estudiar faltándole el ingenio?» Porque de la manera que los gigantes nunca vencían a los dioses, antes eran siempre de ellos vencidos, así cualquiera estudiante que procurare vencer a su mala naturaleza, quedará de ella vencido. Y, por tanto, nos aconseja el mesmo Cicerón que no forcejemos contra naturaleza, ni procuremos ser oradores si ella no lo consiente, porque trabajemos en vano.

¹⁸ *Principalissimum quidem omnium praedictorum est natura; nam si haec affuerit his qui artibus animum applicant, per omnia praedita penetrare poterunt.* [«La principal condición es la naturaleza. Si los que se dedican a las ciencias la poseen, podrán penetrar en todos sus pormenores.»] Hippoc., libro *De decenti ornatu*, 4. Y, así, Baldo vino a estudiar leyes, ya viejo. Y, burlándose de él, le dijeron: *Sero venis, Balde; in alio seculo eris advocatus.* [Llegas tarde, Baldo; serás abogado en otro siglo.] Y, por tener el ingenio acomodado para las leyes, salió en breve tiempo famoso jurisperito.

CAPITULO II

donde se declara que Naturaleza es la que hace al muchacho hábil para aprender.

Sentencia es muy común y usada de los filósofos antiguos diciendo: «Naturaleza es la que hace al hombre hábil para aprender, y el arte con sus preceptos y reglas le facilita, y el uso y experiencia que tiene de las cosas particulares le hace poderoso para obrar»¹. Pero ninguno ha dicho en particular qué cosa sea esta Naturaleza, ni en qué género de causas se ha de poner: sólo afirmaron que, faltando ella en el que aprende, vana cosa es el arte, la experiencia, los maestros, los libros y el trabajo².

La gente vulgar, en viendo a un hombre de grande ingenio y habilidad, luego señala a Dios por autor y no cura de otra causa ninguna, antes tiene por vana imaginación todo lo que discrepa de aquí. Pero los filósofos naturales burlan de esta manera de hablar; porque, puesto caso que es piadosa y contiene en sí religión y verdad, nace de ignorar el orden y concierto que puso Dios en las cosas naturales el día que las crió; y por amparar su ignorancia con seguridad, y

¹ *Natura facit habillem, ars vero facilem, ususque potentem.*

² *Primum quidem omnium, natura opus est, Natura enim repugnantia, trilla omnia fluit. [Lo primero que hace falta es la naturaleza. Si la naturaleza se opone, todo es inútil.] Hippoc., Lex.*

que nadie les pueda reprender ni contradecir, afirman que todo es lo que Dios quiere, y que ninguna cosa sucede que no nazca de su divina voluntad. Y por ser esta tan gran verdad, son dignos de reprehensión; porque así como no cualquiera pregunta dice Aristóteles que se ha de hacer, de la misma manera ni cualquiera respuesta, aunque verdadera, se ha de dar³. Estando un filósofo natural razonando con un gramático, llegó a ellos un hortelano curioso y les preguntó qué podía ser la causa que haciendo él tantos regalos a la tierra en cavarla, ararla, estercolarla y regarla, con todo eso nunca llevaba de buena gana la hortaliza que en ella sembraba, y las yerbas que ella producía de suyo las hacía crecer con tanta facilidad. Respondió el gramático que aquel efecto nacía de la divina Providencia, y que así estaba ordenado para la buena gobernación del mundo. De la cual respuesta se rió el filósofo natural, viendo que se acogía a Dios por no saber el discurso de las causas naturales ni de qué manera producían sus efectos. El gramático, viéndole reír, le preguntó si burlaba de él, o de qué se reía. El filósofo le dijo que no se reía de él, sino del maestro que le había enseñado tan mal. Porque las cosas que nacen de la Providencia divina — como son las obras sobrenaturales — pertenece su conocimiento y solución a los metafísicos, que ahora llaman teólogos; pero la cuestión del hortelano es natural y pertenece a la jurisdicción de los filósofos naturales, porque hay causas ordeñadas y manifiestas de donde tal efecto puede nacer⁴. Y, así, respondió el filósofo natural diciendo que la tierra tiene la condición de la madrastra, que mantiene muy bien a los hijos que ella parió y quita el alimento a los del marido; y así vemos que los suyos andan gordos y lucidos, y los ahados, flacos y descoloridos. Las yerbas que la tierra produce de suyo son nacidas de sus propias entrañas, y las que el

³ Lib. I, *Topicorum*.

⁴ De cada ciencia se ha de saber hasta dónde llega su jurisdicción, y qué cuestiones le pertenecen. Aristóteles, lib. I, *Metéor.*, cap. III.

hortelano le hace llevar por fuerza son hijas de otra madre ajena, y así les quita la virtud y alimento con que habían de crecer por darlo a las yerbas que ella engendró.

También cuenta Hipócrates⁵ que yendo a visitar a aquel gran filósofo Demócrito, le dijo las locuras que el vulgo decía de la Medicina; y eran que viéndose libres de la enfermedad, dicen que Dios los sanó, y que, si El no quisiera, poco aprovechara la buena industria del médico. Ella es tan antigua manera de hablar, y hanla reñido tantas veces los filósofos naturales, que es por demás tratar de quitarla; ni menos conviene, porque el vulgo, que ignora las causas particulares de cualquier efecto, mejor responde, y con más verdad, por la causa universal —que es Dios— que decir algún disparate.

Pero yo muchas veces me he puesto a considerar la razón y causa de donde pueda nacer que la gente vulgar sea tan amiga de atribuir todas las cosas a Dios quitarlas a naturaleza y aborrecer los medios naturales. Y no sé si la he podido atinar. A lo menos, bien se deja entender que por no saber el vulgo qué efectos se han de atribuir inmediatamente a Dios y cuáles a naturaleza, los hace hablar de aquella manera. Fuera de que los hombres, por la mayor parte, son impacientes y amigos que se cumpla presto lo que ellos desean; y como los medios naturales son tan espaciosos y obran por discurso de tiempo, no tienen paciencia para aguardarlos; y como saben que Dios es omnipotente y que en un momento hace todo lo que quiere, y de ello tienen muchos ejemplos, querrían que él les diese salud como al paralítico, y sabiduría como a Salomón, y riquezas como a Job, y que los librase de sus enemigos como a David.

La segunda causa es que los hombres somos arrogantes y de vana estimación, muchos de los cuales desean allá dentro de su pecho que Dios les haga a ellos alguna merced particular, y que no sea por la vía co-

⁵ In Epistola ad Damagetum.

mún (como es hacer salir el sol sobre los justos y los malos, y llover para todos en general), porque las mercedes en tanto son más estimadas en cuanto se hacen con menos. Y por esta razón hemos visto muchos hombres fingir milagros en las casas y lugares de devoción; porque luego acuden las gentes a ellos, y los tienen en gran veneración como personas con quien Dios ha tenido cuenta particular; y si son pobres, los favorecen con mucha limosna, y así algunos pican en el interés.

3^a La tercera razón es ser los hombres amigos de holgar; y estar dispuestas las causas naturales por tal orden y concierto que, para alcanzar sus efectos, es menester trabajar. Y, por tanto, querrían que Dios usase con ellos su omnipotencia y que sin sudar se cumpliesen sus deseos. Dejo aparte la malicia de aquellos que pedían a Dios milagros para tener su omnipotencia y probar si los podía hacer; y otros que, por vengar su corazón, piden fuego del cielo y otros castigos de gran crueldad.

4^a La última causa es ser mucha la gente vulgar religiosa y amiga que Dios sea honrado y engrandecido, lo cual se consigue mucho más con los milagros que con los efectos naturales. Pero el vulgo de los hombres no sabe que las obras sobrenaturales y prodigiosas las hace Dios para mostrar a los que no lo saben que es omnipotente, y que usa de ellas por argumento para comprobar su doctrina, y que faltando esta necesidad nunca jamás las hace. Esto bien se deja entender considerando como ya no obra Dios aquellos hechos extraños del Testamento nuevo y viejo; y es la razón haber hecho ya de su parte todas las diligencias que convenía para que los hombres no pretendiesen ignorancia⁶. Y pensar que ha de volver otra vez a hacer los mismos argumentos, y tornar con nuevos milagros a comprobar de nuevo su doctrina resucitando muertos, dando vista a los ciegos, sanando los cojos y para-

⁶ Domino cooperante et sermone confirmante sequentibus signis. Marci, cap. XVI [v. 20: «Cooperando el Señor y confirmando su palabra con las consiguientes señales»].

líticos, es un error muy grande; porque de una vez enseña Dios lo que conviene a los hombres y lo prueba con milagros, y no lo torna a repetir: *semel loquitur Deus, et secundo id ipsum non repetit* 7.

El indicio de que yo más me aprovecho para descubrir si un hombre no tiene el ingenio que es apropiado para la filosofía natural, es verle amigo de echar todas las cosas a milagro, sin ninguna distinción; y por lo contrario, los que no se contentan hasta saber la causa particular del efecto, no hay que dudar de su buen ingenio. Estos bien saben que hay efectos que inmediatamente se han de reducir a Dios, como son los milagros, y otros a Naturaleza, que son aquellos que tienen causas ordenadas de donde suelen nacer; pero, hablando de una manera y de la otra, siempre ponemos a Dios por autor. Porque, cuando dijo Aristóteles 8 *Deus et natura nihil faciunt frustra*, no entendió que Naturaleza fuese alguna causa universal con jurisdicción apartada de Dios, sino que es nombre del orden y concierto que Dios tiene puesto en la composición del mundo para que sucedan los efectos que son necesarios para su conservación. Porque de la misma manera se suele decir que el Rey y el Derecho civil no hacen agravio a nadie; en la cual manera de hablar ninguno entiende que este nombre *Derecho* significa algún príncipe que tenga jurisdicción apartada de la de el Rey, sino que es un término que abraza con su significación todas las leyes y ordenamiento real que el Rey tiene hecho para conservar en paz su república.

Y así como el Rey tiene casos reservados para sí, los cuales no pueden ser determinados por el Derecho por ser extraños y graves, de la misma manera dejó Dios reservados para sí los efectos milagrosos, para la producción de los cuales no dio orden ni poder a las causas naturales. Pero aquí es de notar que el que los ha de conocer por tales, y diferenciarlos de las obras naturales, ha de ser gran filósofo natural y sa-

7 Job, XXXIII [v. 14: «Dios habla una vez, y no lo vuelve a repetir»].
8 Libro I, De celo. [«Dios y Naturaleza nada hacen en vano».]

ber de cada efecto qué causas ordenadas puede tener; y, con todo, no basta si la Iglesia católica no los declara por tales 9.

Y de la manera que los letrados trabajan y estudian en leer el Derecho civil y guardarlo en la memoria para saber y entender cuál fue la voluntad del Rey en la determinación de tal caso, así nosotros los filósofos naturales, como letrados de esta facultad, ponemos nuestro estudio en saber el discurso y orden que Dios hizo el día que crio el mundo, para contemplar y saber de qué manera quiso que sucediesen las cosas y por qué razón. Y así como sería cosa de reír si un letrado alegase, en sus escritos de bien probado, que el Rey manda determinar el caso, sin mostrar la ley y razón por donde lo dicide, así los filósofos naturales se ríen de los que dicen «esta obra es de Dios», sin señalar el orden y discurso de causas particulares de donde pudo nacer.

Y de la manera que el Rey no quiere escuchar cuando le piden que quebrante alguna ley justa, o que haga determinar el caso fuera del orden judicial que él tiene mandado guardar, así Dios no quiere escuchar cuando alguno le pide milagros y hechos fuera del orden natural sin necesidad. Porque aun el Rey cada día quita y pone leyes y muda el orden judicial, así por la variedad de los tiempos como por ser el consejo del hombre caduco, y no poder atinar de una vez a la rectitud y justicia. Pero el orden natural de todo el universo, que llamamos *Naturaleza*, desde que Dios crió el mundo no ha habido que añadir ni quitar una jota; porque lo hizo con tanta providencia y saber, que pedir que no se guarde aquel orden es poner falta en sus obras.

Volviendo, pues, a aquella sentencia tan usada de los filósofos antiguos, *Natura facit habitum*, es de entender que hay ingenios y habilidades que Dios re- parte entre los hombres fuera del orden natural, como

9 La ignorancia de la filosofía natural hace poner milagros donde no los hay.

fué la sabiduría de los apóstoles, los cuales, siendo llenos de ciencia y saber. De este género de habilidad y sabiduría no se puede verificar *Natura facit habilem*; porque esta es obra que inmediatamente se ha de reducir a Dios, y no a naturaleza. Lo mismo se entiende de la sabiduría de los Profetas y de todos aquellos a quien Dios infundió alguna gracia.

Otro género de habilidad hay en los hombres, que les nace de haberse engendrado con aquel orden y concierto de causas que Dios ordenó para este fin; y de esta suerte con verdad se dice *Natura facit habilem*. Porque, como probaremos en el capítulo posterior de esta obra, hay orden y concierto en las causas naturales que, si los padres al tiempo de engendrar tienen cuidado de guardarle, saldrán todos sus hijos sabios sin que falte ninguno.

Pero, en el entretanto, esta significación de naturaleza es muy universal y confusa, y el entendimiento no huelga ni descansa hasta saber el discurso particular y la última causa. Y, así, es menester buscar otra significación de este nombre, *naturaleza*, que tenga a nuestro propósito más conveniencia.

Aristóteles¹⁰ y los demás filósofos naturales descienden más en particular, y llaman *naturaleza* a cualquier forma substancial que da ser a la cosa y es principio de todas sus obras. En la cual significación, nuestra ánima racional con razón se llamará naturaleza, porque de ella recibimos el ser formal que tenemos de hombres, y ella misma es principio de cuanto hacemos y obramos.

Pero como todas las ánimas racionales sean de igual perfección, así la del sabio como la del necio, no se puede afirmar que naturaleza, en esta significación, es la que hace al hombre hábil; porque, si esto fuese verdad, todos los hombres terían igual ingenio y saber. Y, así, el mismo Aristóteles buscó otra significación de naturaleza, la cual es razón y causa de ser el

hombre hábil o inhábil, diciendo¹¹ que el temperamento de las cuatro calidades primeras — calor, frialdad, humedad y sequedad — se ha de llamar *naturaleza*, porque de ésta nacen todas las habilidades del hombre, todas las virtudes y vicios, y esta gran variedad que vemos de ingenios.

Y pruébase claramente, considerando las edades de un hombre sapientísimo; el cual en la puericia no es más que un bruto animal, ni usa de otras potencias más que de la irascible y concupiscible; pero, venida la adolescencia, comienza a descubrir un ingenio admirable, y vemos que le dura hasta cierto tiempo y no más, porque, viniendo la vejez, cada día va perdiendo el ingenio, hasta que viene a caducar. Esta variedad de ingenios, cierto es que [no] nace del ánima racional, porque en todas las edades es la misma, sin haber recibido en sus fuerzas y substancia ninguna alteración¹²; sino que en cada edad tiene el hombre vario temperamento y contraria disposición, por razón de la cual hace el ánima unas obras en la puericia y otras en la juventud y otras en la vejez. De donde tomamos argumento evidente que, pues una misma ánima hace contrarias obras en un mismo cuerpo por tener en cada edad contrario temperamento, que cuando de dos muchachos el uno es hábil y el otro necio, que nace de tener cada uno temperamento diferente del otro, al cual, por ser principio de todas las obras del ánima racional, llamaron los médicos y filósofos *naturaleza*¹³. De la cual significación se verifica propiamente aquella sentencia *Natura facit habilem*.

En confirmación de esta doctrina escribió Galeno un libro¹⁴ probando que las costumbres del ánima siguen el temperamento del cuerpo donde está; y que, por razón del calor, frialdad, humedad y sequedad de la

¹⁰ 30.ª sección, *Problem.*, 1.

¹² De malos términos usó Hipócrates cuando dijo: *Homini anima semper producitur usque ad mortem.* [«El alma del hombre se está desarrollando hasta la muerte.»] 6.º *Epidem.*, parte 5.ª, comen., 5.º

¹³ Hipócrates; el Galenus, libro 1, *De natura humana*; el Plato, in *Phaedro*.

¹⁴ Lib. *Quod animi mores corporis temperaturam insequuntur.*

región que habitan los hombres, y de los manjares que comen, y de las aguas que beben, y del aire que respiran, unos son necios y otros sabios, unos valientes y otros cobardes, unos crueles y otros misericordiosos, unos cerrados de pecho y otros abiertos, unos mentirosos y otros verdaderos, unos traidores y otros leales, unos inquietos y otros sosegados, unos doblados y otros sencillos, unos escasos y otros liberales, unos vergonzosos y otros desvergonzados, unos incrédulos y otros fáciles de persuadir. Y para probar esto trae muchos lugares de Hipócrates, Platón y Aristóteles, los cuales afirmaron que la diferencia de las naciones, así en la compostura del cuerpo como en las condiciones del ánima, nace de la variedad de este temperamento.

Y vese claramente por experiencia cuánto disten los griegos de los escitas, y los franceses de los españoles, y los indios de los alemanes, y los de Etiopía de los ingleses. Y no solamente se echa de ver en regiones tan apartadas; pero si consideramos las provincias que rodean a toda España, podremos repartir las virtudes y vicios, que hemos contado, entre los moradores de ellas, dando a cada cual su vicio y su virtud. Y si no, consideremos el ingenio y costumbres de los catalanes, valencianos, murcianos, granadinos, andaluces, extremeños, portugueses, gallegos, asturianos, montañeses, vizcaños, navarros, aragoneses, y los del riñón de Castilla. ¿Quién no ve y conoce lo que estos difieren entre sí, no sólo en la figura del rostro y compostura del cuerpo, pero también en las virtudes y vicios del ánima? Y todo nace de tener cada provincia de éstas su particular y diferente temperamento. Y no solamente se conoce esta variedad de costumbres en regiones tan apartadas, pero aun en lugares que no distan más que una pequeña legua, no se puede creer la diferencia que hay de ingenios entre los moradores.

Finalmente, todo lo que escribe Galeno en su libro es el fundamento de esta mi obra; aunque él no atinó en particular a las diferencias de habilidad que tienen los hombres, ni a las ciencias que cada una demanda

en particular. Aunque bien entendió que era necesario repartir las ciencias a los muchachos y dar a cada uno la que pedía su habilidad natural; pues dijo que las repúblicas bien ordenadas habían de tener hombres de gran prudencia y saber que, en la tierna edad, descubriesen a cada uno su ingenio y solercia natural, para hacerle aprender el arte que le convenía y no dejarlo a su elección ¹⁵.

¹⁵ Solertiam naturalem in pueris expectare prudentissimi in unaquaque civitate seniores ac iudicare deberent, atque ita dare operam ut suae naturae convenientem artem quisque discat. Libro 9.º. De Placitis Hippocratis et Platonis.